ALEGRÍA EN EL ROSTRO DE DIOS Y DEL HOMBRE

Alégrate
Autor: Padre Felipe Santos Campaña SDB

"Haz de Dios tus delicias, y él te dará lo que tu corazón desea"(Salmo 37,4)

¿Qué te hace realmente feliz?
La mayoría de la gente en esta vida está feliz y satisfecha de haber podido encontrar un trabajo decente, haberse casado, haber tenido hijos. No hay nada malo en eso, ¿pero es la cosa

más importante en la vida?

Dios desea que sientas placer en las cosas que le afectan. Las cosas y la gente en la tierra pueden hacerte feliz pero en fin de cuentas, tu placer más grande debería estar en Dios.

La razón por la que eso es importante, es lo que declara el versículo del día. Si haces de él tus delicias, te dará lo que tu corazón desea.
Entonces, si deseas verdaderamente se alegre y feliz, haz de Jesús tus delicias.

UNA ORACIÓN PARA HOY
Padre, gracias por haberme prometido tus bendiciones y tu fuerza en el servicio, que pueda descansar en ti, y encontrar mi alegría en ti, sólo en ti.
En el nombre de Jesús, amén.

Con afecto, Felipe Santos, SDB

Dios llena nuestra boca de risas y nuestros labios de cantares

(Salmo 126, 2)

Desde su nacimiento, el cristianismo ha sido la proclamación de la ALEGRÍA, de la única alegría posible en la tierra...

***Sin la proclamación de esta alegría, el cristianismo es incomprensible. Sólo con la alegría es como ha triunfado el cristianismo en el mundo, y se ha perdido el mundo cuando la piede, cuando deja de ser testigo... El contexto fundamental de la Iglesia es la " gran alegría " (Lc 2,10 y 24,52), de donde todo el resto, en el cristianismo, saca y adquiere su significado...*)**

LA ALEGRÍA: ROSTRO DE DIOS EN EL HOMBRE

El hombre no es verdaderamente nada más que por la alegría, al igual que el riachuelo no es riachelo nada más que por su fuente o manantial. Sin duda los meandros lejanos del riachelo no tienen ninguna conciencia, así como el hombre, en su errancia, puede olvidar a Dios. Entonces vienen los filósofos, etimológicamente los que “aman la sabiduría”, la que escruta la vida y la remiten a la memoria: Aristóteles (siglo IV a. J.-C.), Bergson (siglo XX.). Afirman que el hombre no puede vivir sin alegría, pues sólo donde hay alegría triunfa la vida...

Han centrado su saber incluso lejos, hasta el límite del misterio, puesto que nos enseñan que la alegría se revela como la verdad de nuestro ser, como es el impulso del ser, el criterio de la verdad, y finalmente que alegría y verdad son una sola cosa.

La alegría hace que los poetas canten; gracis a ella su ate es un canto. Paul Claudel pesaba sus palabras cuando escribía: *fuera de la alegría sólo existe la nada, y creer en la nada, es destruirse a sí mismo, instalarse en la inversión espiritual y querer vivir contra el secreto de la vida.*

Así el espíritu humano ha podido adentrarse en lo profundo y algunos artistas han sabido llevarnos al fuego de su experiencia; ¿no es la música la capacidad de inflamarnos, maravillar nuestro ser entero hasta tal punto que se pone a bailar de alegría? Pero ni los filósfos ni los artistas pueden decirnos el Ppor qué" de todo eso: cuál es el nombre de la alegría, tiene rostro?

Han hecho falta profetas, esos “altavoces” de Dios, para revelarnos la fuente de la alegría, para lo que se ha hecho al hombre, de dónde vien y a dónde va:

Yo tengo mi alegría enel Señor (Salmo 104,34).
Venid, gritemos de alegría por el Señor, roca de nuestra salvación (Salmo 95,1). *Alegría en el cielo, exulte la tierra... ante el rostro del Señor, pues él viene* (Salmo 96, 11).

En efecto:

El pueblo que caminaba a oscuras vio una luz intensa, los que habitaban un país de sombras se inundaron de luz. Acreciste la alegría, aumentaste el gozo: gozan en tu presencia, como se goza en la siega, como se alegran los que se reparten el botín. Porque la vata del opresor, el yugo de sus cargas, su bastón de mand los trituraste como el día de Madián. Porque la bota que pisa con estrépito y la capa empapada en sangre serán combustible, pasto del fuego.

Porque un niño nos ha nacido, nos han traído un hijo: lleva el cetro del principado y se llama "Milagro de Consejero, Guerrero divino, Jefe perpetuo, Príncipe de la paz"... y volverán por ella los rescatados del Señor: volverán a Sión con cánticos: en cabeza, alegría perpetua, siguiéndolos, gozo y alegría; pena y aflicción se alejarán...Levántate, brilla, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti. Mira: las tinieblas cubren la tierra, la oscuridad los pueblos; pero sobre ti amanecerá el Señor, su gloria aparecerá sobre ti...(Isaías 9,1-5; 35,10 ; 60,1-2).

Son raros los que lee y releen estos textos con alegría inaudita. Habría que saberlos de memoria; es vital beber siempre en estas fuentes de agua, para que esta agua sea nuestra sangre, nuestra sustancia vivificadora. Quien dice tradición dice transmisión: una vez más, como la fuente se transmite al hombre que no cesa de suscitar la vida y de crear. Ahora bien, esta transmisión es ante todo experiencia de na alegría indescriptible. Pues DIOS ES ALEGRÍA.

Por eso los místicos del Oriente y del Occidente han pidido decir siempre: *Aprede la alegría y aprenderás a Dios*. El que pierde la alegría está en el error, no tiene Camino ni fin porque no tiene fuente.

Tampoco es extraño que se haya llegado universalmente a esta convicción mediante una vida auténticamente espiritual, que es la que mide el grado de alegría que hay en nosotros.

Desde el momento que Dios es alegría, esta conclusión es plenamente coherente... Eso, por otra parte, incluso los ateos más duros, como Nietzsche, la han considerado como una evidencia: *Si Dios existiera, no podría concebirlo nada más que como un Dios que danza, dice.*

AMAR LA VIDA REVELA LA SORPRENDENTE PROFUNDIDAD

Es pues claro que tenemos en la Alegría la trana subyacente en toda la Biblia:

Es una "Buena Nueva " desde los orígenes y llevará explícitamente el título de Evangelio, Buena Nueva, cuando ésta estalle en su plenitud con la venida del Mesías, que es el rostro mismo de la alegría.

Es este anuncio o esta Presencia alegre la que hay que comprender y no olvidar nunca cuando se lee en el Antiguo Tetamento estos textos aparentemente anodinos que narran hasta qué punto el hombre ama la vida. La verdadera sabiduría para un judío, es ante todo gustar la vida tal cual es: *Amar su vida, es amar su propia felicidad*, dice el Eclesiatés (4,12). Así la vida misma diaria contiene ya todo: la alegría de la cosecha, la vendimia, compartir la vida con la mujer que se ama, la llegada de los hijos, hasta el placer de beber vino *que alegra el corazón del hombre* (Salmo 104,15), no hay experiencia humana que no merezca la pena y nada que no pueda vivirse con una intensidad que impacte a este extraño misterio transparente detrás de cada instante.

Así todo es epifanía, manifestación de uan Presencia que ama al corazón despierto. Pero hay infinitamente más todavía, pues lo que da el verdadero peso a esta vida, es que es un don de Aquel que la habita. En realidad Presencia y Don se confunden: Dios mismo se da a través de lo que nos sucede.

El pueblo de Israel lo sabe bien: *Cuando se come, bebe y se da tiempo en su labor, es un don de Dios, dice* Qohelet (3, 13).

Sin embargo, cuando Dios se da, no lo hace pasivamente: es una presencia creadora, vital, que suscita al hombre y no cesa de liberarlo, de ponerlo en camino hacia su cumplimiento. Que esto sea en la sencillez oculta de lo ordinario o con motivo de las grandes liberaciones históricas del pueblo, Israel no tropieza, no se engaña, pues es el *Señor quien lleva a los cautivos de Sión*, es siempre él quien *llen nuestra boca de risas y y nuestros labios de canciones* (Salmo 126,2).

En esta alegría loca se encuentra el corazón de la Biblia, su dirección profunda, hasta que estalle un día con la venida del Liberador mismo, el Mesías que, de pronto, abrirá su misión revelando que es enviado para que los *ciegos recobran la vista, y los cojos andan, los leprosos son curados, y los sordos oyen y los muertos resucitan, y los pobres aprenden la Buena Nueva* (Mt 11, 5).

Si Jesús retima aquí los mismos términos dell profeta Isaías (35,5), es porque quiere manifestar la constante de toda la historia: la de una liberación incesante y que con él, llega al término. Los Salmos,porque son nuestro pan cotidiano, nos permiten asimilar esta Realidad de toda realidad e inscribirla para siempre en nuestras entrañas: El *Señor hace justicia los oprimidos, da pan a los hambrientos, rescata a los cautivos, endereza a los que se curban, cura a quienes tienen el corazón quebrantado y cura las heridas*...(Salmo 145, 146).

A causa de esta alegría y para estar en sintonía con ella, los Salmos se cantan siempre, aunque se sienta el desaliento...

La sola exclamación alegre y maravillosa puede dar campo a lo que nos sucede y permitir ver las aguas profundas más bien que la superficie agitada de la vida. A veces la agitación es tal que nos hacen falta las mismas palabras del Espíritu Santo a través de la boca del salmista y la alegría del pueblo reunido para recordarnos siempre lo esencial en medio de nuestras tempestades...

TRANSFORMAR LA VIDA EN UNA BODA PERPETUA

En efecto, si la alegría puede ser permanente, es porque emana de una Presencia, mupcial, se trata de la alegría de la Alianza: el amor loco de Dios es la de un Esposo.

Está presente en todo, y no solamente en la naturaleza, SINO TAMBIÉN EN TODO ESPACIO, EN EL AIRE QUE RESPIRAMOS, en el tiempo y en el interior del acontecimiento que vehicula, en toda situación, en la pequeña historia banal e insignificante, en su trama secreta hasta la filigrana..., a través de todo Dios busca al hombre como Prometido en busca de su bien amada, todo el Cantar de los Cantares lo atestigua: quiere hacer de su vida el lugar mismo de esta Alianza.

De la vida del hombre, la más concreta y realista, quizá "profana" a nuestra mirada de paganos, Dios quiere hacer una comunión con él. Es ya el reino de los cielos, pues dirá el mismo Jesús, *es comparable a unas bodas* (Mt 22,2) San Máximo el Confesor (siglo IV) mostró admirablemente cómo el hombre que se deja *seducir* (Jr 20,7) y acepta entrar en una reciprocidad amorosa con Dios, es realmente el sacerdote de una "Liturgia Cósmica". De momento en momento, en donde se encuentre, recibe el mundo de manos de Dios y lo ofrece de nuevo a Dios en un infinito reconocimiento.

Esta gratitud es el fondo del amor, es una acción de gracias continua que transforma su vida e una Vida en Dios, en comunión. ...Más que eso, no hay santidad sin alegría. Don Bosco solía decir que la Santidad consiste en estar alegres.

La alegría es el test para saber si estamos en el Camino: *Estad alegres y sed perfectos* (2 Co 13,11).

La alegría en el hombre y la mujer

Juan Pablo II: La vida de todo hombre y mujer, una alabanza a Dios

Intervención de Juan Pablo II en la audiencia general de este miércoles dedicada a reflexionar sobre el Salmo 66: «Que todos los pueblos alaben al Señor».

Ciudad del Vaticano, 9 de octubre de 2002

Reconocer la grandeza

El Señor tenga piedad y nos

divina para la alabanza

bendiga,
ilumine su rostro sobre nosotros;
conozca la tierra tus caminos,
todos los pueblos tu salvación.

Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

Que canten de alegría las naciones,
porque riges el mundo con justicia,

riges los pueblos con rectitud y gobiernas las naciones de la tierra.

Oh Dios, que te alaben los pueblos,
que todos los pueblos te alaben.

La tierra ha dado su fruto,
nos bendice el Señor, nuestro Dios.
Que Dios nos bendiga; que le teman

hasta los confines
del orbe.

El universo ante el Dios de la alabanza

1. Acaba de resonar la voz del antiguo salmista que elevó al Señor un gozoso canto de acción de gracias. Es un texto breve y esencial, pero que abarca un inmenso horizonte hasta alcanzar a todos los pueblos de la tierra.

Esta apertura universal refleja probablemente el espíritu profético de la época sucesiva al exilio en Babilonia, cuando se auspiciaba el que incluso los extranjeros fueran guiados por Dios a su monte santo para ser colmados de alegría. Sus sacrificios y holocaustos habrían sido gratos, pues el templo del Señor se convertiría en «casa de

oración para todos los pueblos» (Isaías 56,7).

También en nuestro Salmo, el 66, el coro universal de las naciones es invitado a asociarse a la alabanza que Israel eleva en el templo de Sión. En dos ocasiones, de hecho, se pronuncia la antífona: «Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben» (versículos 4.6).

También los que no conocen

2. Incluso los que no pertenecen a la comunidad escogida por Dios reciben de Él una vocación: están llamados a conocer el «camino» revelado a Israel. El «camino» es el plan divino de salvación, el reino de luz y de paz, en cuya actuación quedan asociados también los

paganos, a quienes se les invita a escuchar la voz de Yahvé (Cf. versículo 3). El resultado de esta escucha obediente es el temor del Señor «hasta los confines del orbe» (v. 8), expresión que no evoca el miedo sino más bien el respeto adorante del misterio trascendente y glorioso de Dios.

Deseo de la bendición divina

3. Al inicio y en la conclusión del Salmo, se expresa un insistente deseo de bendición divina: «El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros... Nos bendice el Señor, nuestro Dios. Que Dios nos bendiga» (versículos 2.7-8).

Es fácil escuchar en estas palabras el eco de la famosa

bendición sacerdotal enseñada, en nombre de Dios, por Moisés y Aarón a los descendientes de la tribu sacerdotal: «Que el Señor te bendiga y te guarde; que el Señor ilumine su rostro sobre ti y te sea propicio; que el Señor te muestre su rostro y te conceda la paz» (Números 6, 24-26).

Pues bien, según el Salmista, esta bendición sobre Israel será como una semilla de gracia y de salvación que será enterrada en el mundo entero y en la historia, dispuesta a germinar y a convertirse en un árbol frondoso.

El pensamiento recuerda también la promesa hecha por el Señor a Abraham en el día de su elección:

«De ti haré una nación grande y te bendeciré. Engrandeceré tu nombre; y sé tú una bendición... Por ti se bendecirán todos los linajes de la tierra» (Génesis 12, 2-3).

Y luego la fecundidad eucarística

4. En la tradición bíblica, uno de los efectos de la bendición divina es el don de la vida, de la fecundidad y de la fertilidad.

Nuestro Salmo hace referencia explícitamente a esta realidad concreta, preciosa para la existencia: «La tierra ha dado su fruto, nos bendice el Señor, nuestro Dios» (versículo 7). Esta constatación ha llevado a los expertos a poner en relación el Salmo con el rito de acción de

gracias por una abundante cosecha, signo del favor divino y testimonio para los demás pueblos de la cercanía del Señor a Israel.

La misma frase llamó la atención de los Padres de la Iglesia, que del horizonte agrícola pasaron a un nivel simbólico. De este modo, Orígenes aplicó el versículo a la Virgen María y a la Eucaristía, es decir, a Cristo que proviene de la flor de la Virgen y se convierte en fruto que puede ser comido. Desde este punto de vista, «la tierra es santa María, que procede de nuestra tierra, de nuestra semilla, de este fango, de este barro, de Adán». Esta tierra ha dado su fruto: lo que perdió en el paraíso,

lo ha vuelto a encontrar en el Hijo. «La tierra ha dado su fruto: primero produjo una flor..., después esta flor se convirtió en fruto para que pudiéramos comerlo, para que comiéramos su carne. ¿Queréis saber qué es este fruto? Es el Virgen de la Virgen, el Señor de la esclava, Dios del hombre, el Hijo de la Madre, el fruto de la tierra» («74 Homilías sobre el libro de los Salmos» - «74 Omelie sul libro dei Salmi»; Milán 1993, p. 141).

Continúa la bendición por la Iglesia y su fecundidad

5. Concluimos con las palabras de san Agustín en su comentario al Salmo. Identifica el fruto germinado en la tierra con la novedad provocada en los hombres gracias a la venida de Cristo, una novedad de conversión y un fruto de alabanza a Dios.

De hecho, «la tierra estaba llena

de espinas», explica. Pero «se acercó la mano de aquel que quita las raíces, se acercó la voz de su majestad y de su misericordia; y la tierra comenzó a cantar alabanzas. Ahora la tierra ya sólo da frutos». Ciertamente no daría su fruto, «si antes no hubiera sido regada» por la lluvia, «si no hubiera venido antes de lo alto la misericordia de Dios». Pero ahora asistimos a un fruto maduro en la Iglesia gracias a la predicación de los Apóstoles: «Enviando la lluvia a través de sus nubes, es decir, a través de los apóstoles que han anunciado la verdad, la tierra ha dado su fruto más copiosamente, y esta mies ha llenado ya al mundo entero»

(«Comentarios sobre los Salmos», «Esposizioni sui Salmi»; II, Roma 1970, p. 551).

Ante el Sagrario y la Palabra de Dios
El corazón del hombre modela su rostro...
Autor: Padre Felipe Santos Campaña SDB

"El corazón del hombre modela su rostro
tanto hacia el bien como hacia el mal.
Signo de un corazón dichoso es un rostro alegre,

la invención de proverbios es penoso ejercicio" (Eclesiástico 13.25-26).

Señor,
cuando voy por la calle,
me gusta mirar los rostros
por la satisfacción interna
que manifiestan sus ojos.

Me hechiza la inocencia
de los ojos puros de los niños y niñas;
me fascina la suavidad del rostro joven;
me atrae sin malicia el cutis de la belleza femenina;
pero mucho más – y sin comparación –
me regocija el rostro alegre,

cuando sonríe a todo el mundo
con una sana y límpida emoción.

Sin saber mucha psicología de libros,
creo que un paseo por la ciudad,
en días ordinarios o de domingo,
la cara refleja el estado anímico
de la persona que camina.

El rostro alegre es una bendición
de Dios santo a quien lo mira.

Su refulgencia en los ojos
es un reflejo de su conciencia.

La persona humana quiere y puede ser feliz. Es conocido el dicho de San Agustín de que cualquier hombre al preguntarle si quería ser feliz, inmediatamente respondía que sí. También son conocidas las respuestas de los griegos para ser feliz desde el epicureísmo con su hedonismo moderado, hasta la mística dionisíaca con el placer desenfrenado, sin importar nada de nada. La mayoría, sin embargo, pretende una moderación. Éticas más depuradas como la de Aristóteles unen la felicidad al bien. Platón muestra una vía de progresión y superación hasta llegar a la contemplación de la Verdad y del Bien que llena de felicidad, como ya había adelantado Sócrates.

En nuestros tiempos no hay diferencias sustanciales. Sin embargo conviene que empecemos diciendo que la felicidad no es el fin del hombre, sencillamente porque es una consecuencia del fin que es amar eternamente. Aldous Huxley en su *Mundo feliz*, tecnológicamente

perfecto, muestra lo profundamente infeliz que puede ser el hombre en la sociedad tecnológica, aunque no se prive de ningún capricho, ni progreso para satisfacer su ego y su sensualidad. Describe ironías desesperanzadas, que a él mismo le llevaron al suicidio años después. Todo lo que no es amor verdadero acaba en insatisfacción y frustración, aunque, si se consigue algo de placer pueda reaccionarse con risas y desprecios, pero el placer siempre es efímero, y la felicidad pide duración, pide que desaparezca la amenaza de acabarse y desaparecer o morir, que de momento, es el signo de lo terreno. San Agustín lo dice en palabras inmortales: "nos hiciste, Señor, para Ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descanse en Ti". Santo Tomás siguiendo la estela de Aristóteles, pero con un conocimiento de Dios muchísimo más profundo, analiza lo que puede hacer feliz al hombre de un modo riguroso y llega a que sólo se encuentra en el Bien absoluto que es Dios.

Sin embargo, es patente que en nuestros tiempos se entrecruzan continuamente

dos corrientes, una pesimista y otras que no podemos llamar optimistas, sino desencantadas, que quiere disfrutar ahora y rápido en lo que sea. Equivale al suplicio de Tántalo el hijo de Zeus que incurrió en un acto de locura al ofrecer en un banquete la carne guisada de su hijo, Pélope. Tántalo es castigado en lo más profundo del reino del Hades, está condenado a sufrir terrible hambre y sed, encadenado bajo árboles frutales y junto a un río. Pero los árboles crecen cuando él estira sus manos hacia ellos y el río desaparece cuando se agacha a beber. Algo así ocurre en las propuestas de felicidad imposible de los materialismos o de las éticas sin Dios, ambas actitudes tienen la misma raíz de desconocimiento de lo que es la persona humana.

La corriente pesimista la encabeza Martín Lutero. Es conocido el origen de su, llamémosle, iluminación de la torre el año 1514, cuando atormentado por tentaciones y pecados "descubre" que no puede evitar el pecado porque es *simul iustus et pecator*, es decir, que haga lo que haga está empecatado y se puede

salvar porque la gracia de Cristo no le sana, sino que sólo es un recubrimiento externo, jurídico, que le hace no imputable ante Dios el pecado. Esta visión negativa del hombre, aparte de la cuestión de lo que es la gracia, que ya veremos, lleva a un pesimismo antropológico de gran influencia, y a unas reacciones fuertes en dirección contraria. El pesimismo religioso –el hombre es pecador siempre– lleva al puritanismo, a vivir con temor, a una rigidez, que no halla en el encuentro sacramental la paz y la alegría. Es notorio que los países occidentales más influidos por esta concepción son más tristes que los católicos. Trento afirma que el hombre está herido, pero no radicalmente empecatado. De ahí surge un optimismo antropológico por la acción sanante de la gracia y la práctica, alegría de fondo, aunque la vida sea dura. Hay que añadir que el calvinismo es aún más rígido y pesimista que el luteranismo con su horrible idea de la predestinación al cielo o al infierno, idea blasfema de Dios que crea espíritus u orgullosos o angustiados. Es lógico que en reacción a esta visión del

hombre que lleva al puritanismo, cargado muchas veces de hipocresía, surja un descaro libertino y burlón. Por otra parte, los libertinos descubren, antes o después, que el placer, la desvergüenza, la droga etc., esconden una amargura profunda, y cuando llegan los problemas o los dolores, inevitables en la vida, no saben qué hacer. Además la recompensa del egoísta es siempre la soledad, justamente lo contrario de lo que sucede al que sabe amar, que da la sensación de ser feliz , como describe maravillosamente Dostoievski en *el Idiota*.

En el ambiente católico se dio una corriente semejante a la de Lutero, aunque distinta, el *jansenismo*. Jansenio, –y muchos católicos rectos en su actuar, reaccionaron ante los libertinos que llenaban los ambientes intelectuales y de alta sociedad de aquella época en la que empieza el enciclopedismo, y, con una interpretación de San Agustín desafortunada–, ven pecado en todas partes. Distingue entre la concupiscencia de lo terreno, que siempre es mala, y el

deseo de Dios que es bueno. De este modo, incluso entre los no jansenistas, se da un ambiente de severidad y rigidez semejante al del puritanismo. Se pierden las alegrías humanas, de las que se desconfía ("lo que me gusta o es pecado o engorda", se dirá con broma que refleja que no se sabe lo que es el amor). El equilibrio es difícil, y las reacciones de muchos que quieren ser felices en el placer llevan al ambiente hedonista en muchos lugares. Se hace necesario el equilibrio intelectual que luego sea capaz de llegar a la cultura y a las masas desconcertadas ante las solicitaciones que les llegan por todas partes.

En ambientes no cristianos, que conozco menos, la situación es mucho menos halagüeña. Los animistas se mueven en el temor, y la hechicería hace estragos, como se puede observar en el vudú y otras supersticiones. En los lugares donde hay castas y la asombrosa creencia de la reencarnación, se deja a multitudes en la indigencia, pues "algo habrán hecho" en su vida anterior. La meta del budismo es la indiferencia, tan lejana al amor. En los

panteísmos –la gran tentación del hombre; el materialismo es un panteísmo al revés– el destino es fundirse en un todo, que más bien es nada. El *confucianismo* en su sentido del deber y del honor tiende también a formas de puritanismo con sus ventajas y desventajas. El *irracionalismo* tipo *New Age* oscila entre el desenfreno y el suicidio o amor a la muerte.

Los *nihilismos* heideggerianos y sartrianos asumen las angustia y el vivir para la muerte como desaparición, lo que no es nada feliz. El nihilismo regocijante del posmodernismo da pie a una nueva forma de los libertinos. Y la mística dionisíaca propugnada amargamente por Nietzsche es también ambivalente. Su vivir alegre es por definición efímero con una máscara de fiesta que esconde inquietud y saberse derrotado antes de empezar; por ello intentan no pensar más que en un "ahora" que continuamente está pasando, dejando ruinas alrededor. La droga sería su fruto necesario, si no

fuera por una agradecida incoherencia con el pensamiento.

Los problemas, se quiera o no, se repiten, y cuando no se tiene una idea cabal del hombre como persona, meten en callejones sin salida. Si, además, la noción de Dios es deformada se hace necesaria una regeneración intelectual por la vía del hombre como orante que busca con sinceridad. La esperanza sólo es posible con Dios que llama al hombre a su intimidad y su vida. La confianza en el placer, honor, fama, etc., como fuentes de felicidad es volátil ya que contiene nada más nada; por lo tanto, poner en ellas todo el deseo aleja de la felicidad.

La alegría es conmoción del corazón, gozo en la contemplación, emoción ante la belleza, éxtasis, que, en sus muy diversos grados, permite salir del pozo del yo cerrado del egocentrismo, para paladear el amor de dar, de darse, de dar ser, de vivir en *kairós* que es preludio de la eternidad como perfecta vida

plenamente poseída. ¿Es el cielo? No, ciertamente. Pero lo anuncia. Además, se hace compatible con el dolor en la situación terrena, no se trata de la salud, siempre precaria, sino de superar lo más adverso en su realidad, como veremos, en el ser doliente.

La tristeza es pantanosa, oscurece el alma, paraliza, lleva a decisiones de huída o de ira, es amarga. Cierto que existe una tristeza positiva en cuanto duele el mal objetivo que está ante los ojos, pero ésta es una tristeza amorosa, un dolor de amor, que es como una perfección, una compasión de padecer con quién amo y sufre. En el fondo no hay amargura, sino paz en una paradoja de experiencia constante.

La alegría es fruto de amar y ser amado. Surge de la contemplación de la verdad. Necesita el acompañamiento del cuerpo, aunque no siempre. Es dilatación del alma, es esponjamiento ante la

sinceridad. Es necesario vivir en alegría, pero es un fruto y una conquista del hombre verdaderamente libre. Al elevar el alma a Dios comprende la realidad y asume la dificultad, también cuando es dolorosa. La superación de las heridas del alma -resentimientos, rencores, inquietud corporal, torpeza de la mente, ociosidad, se superan por la esperanza que hace vibrar el alma, por la libertad que quiere superarse, por el amor que espera más amor, por la lucha en lo que parece pequeño a los ojos semicerrados por el egotismo.

Las alegrías humanas terrenas pueden ser "vanidad de vanidades" según el Eclesiastés en una mirada a la vida que parece a primera vista egoísta y pobre, pero que deja en evidencia los engaños de las falsas felicidades.

> "¡Vanidad de vanidades! -dice Cohélet-, ¡vanidad de vanidades, todo vanidad!

¿Qué saca el hombre de toda la fatiga con que se afana bajo el sol?
Una generación va, otra generación viene; pero la tierra para siempre permanece.
Sale el sol y el sol se pone; corre hacia su lugar y allí vuelve a salir.

Sopla hacia el sur el viento y gira hacia el norte; gira que te gira sigue el viento y vuelve el viento a girar.
Todos los ríos van al mar y el mar nunca se llena; al lugar donde los ríos van, allá vuelven a fluir.
Todas las cosas dan fastidio. Nadie puede decir que no se cansa el ojo de ver ni el oído de oír.
Lo que fue, eso será; lo que se hizo, ese se hará.
Nada nuevo hay bajo el sol”.

Tras de este análisis semiescéptico y realista del vivir en la tierra, mira las cosas que hacen felices a los hombres, o al menos se lo prometen, y llega a la misma conclusión:

> "He aplicado mi corazón a conocer la sabiduría, y también a conocer la locura y la necedad, he comprendido que aun esto mismo es atrapar vientos, pues donde abunda sabiduría, abundan penas, y quien acumula ciencia, acumula dolor.
>
> Hablé en mi corazón: ¡Adelante! ¡Voy a probarte en el placer; disfruta del bienestar! Pero vi que también esto es vanidad. A la risa la llamé: ¡Locura!;

y del placer dije: ¿Para qué vale?
Traté de regalar mi cuerpo con el vino, mientras guardaba mi corazón en la sabiduría, y entregarme a la necedad hasta ver en qué consistía la felicidad de los humanos, lo que hacen bajo el cielo durante los contados días de su vida.
Emprendí mis grandes obras; me construí palacios, me planté viñas; me hice huertos y jardines, y los planté de toda clase de árboles frutales.
Me construí albercas con aguas para regar la frondosa plantación.
Tuve siervos y esclavas: poseí servidumbre, así como ganados, vacas y ovejas, en mayor cantidad que ninguno de mis predecesores en Jerusalén.
Atesoré también plata y oro, tributos de reyes y de

provincias. Me procuré cantores y cantoras, toda clase de lujos humanos, coperos y reposteros. Seguí engrandeciéndome más que cualquiera de mis predecesores en Jerusalén, y mi sabiduría se mantenía. De cuanto me pedían mis ojos, nada les negué ni rehusé a mi corazón ninguna alegría; toda vez que mi corazón se solazaba de todas mis fatigas, y esto me compensaba de todas mis fatigas.

Consideré entonces todas las obras de mis manos y el fatigoso afán de mi hacer y vi que todo es vanidad y atrapar vientos, y que ningún provecho se saca bajo el sol".

Sólo le falta citar a los millonarios que se

gastan muchísimo dinero en ir unas horas o días en una nave espacial, o algún otro capricho, y narraría la historia de nuestros días. Eso sí no cita la droga, que es placer rápido y degeneración segura, quizá porque lo ve demasiado necio, o porque bastante tiene la mayoría de su tiempo con sobrevivir en una vida austera.

Por fin, da un consejo de sencillez: "Pues todos sus días son dolor, y su oficio, penar; y ni aun de noche su corazón descansa. También esto es vanidad.

No hay mayor felicidad para el hombre que comer y beber, y disfrutar en medio de sus fatigas. Yo veo que también esto viene de la mano de Dios, pues quien come y quien bebe, lo tiene de Dios. Porque a quien le agrada, da Él sabiduría, ciencia y alegría; mas al pecador, da la tarea de amontonar y atesorar para dejárselo a quien agrada a Dios. También esto es vanidad y atrapar vientos".

También el Eclesiástico en la misma época hace mención a este modo de vivir

una vida feliz y dice el Sirácida: “El corazón del hombre modela su rostro tanto hacia el bien como hacia el mal”. E insiste: “Signo de un corazón dichoso es un rostro alegre. El corazón alegre mejora la salud; el espíritu abatido seca los huesos”.

Y con buen humor y sabiduría que podríamos llamar de pueblo dice: “No entregues tu alma a la tristeza, ni te atormentes a ti mismo con tus cavilaciones. La alegría de corazón es la vida del hombre, el regocijo del varón, prolongación de sus días. Engaña tu alma y consuela tu corazón, echa lejos de ti la tristeza; que la tristeza perdió a muchos, y no hay en ella utilidad. Envidia y malhumor los días acortan, las preocupaciones traen la vejez antes de tiempo. Un corazón radiante viene bien en las comidas, se preocupa de lo que come”.

Todos establecen la felicidad como una consecuencia del buen vivir moral y avisan de los engaños de la vida inmoral.

Pero podemos ir más lejos. Es cierto que los sentidos pueden dar un cierto grado de felicidad en tanto proporcionan placeres moderados, pues cuando hay exceso de luz, de gusto, de tacto, de olor, de sonido producen dolor. Pero además, el placer de los sentidos es corto y volátil. Muchas veces se busca y no se encuentra, o se escapa como el gorrión en la mano. La imaginación y la memoria pueden proporcionar también un cierto grado de felicidad, pero muy unido a los placeres físicos, con el inconveniente que son más irreales, aunque sean muy fantásticos. La contemplación intelectual de la verdad proporciona verdadero gozo, más que placer, ahí sitúa Platón el ascenso a que conduce su ética liberándose de los engaños del cuerpo-cárcel, pero es ideal, no real, y nunca se puede abarcar toda la verdad, además de ser un camino costoso. Saber algunas cosas en esta tierra produce dolor y pena. La voluntad es atraída por el bien y goza más intensamente que la inteligencia porque lo posee, más que mirarlo o contemplarlo, además se hace buena al querer con un acto que ya es

amor más que teoría.

Pero la raíz de la felicidad está en la intimidad del ser humano. El acto de ser que constituye la persona es la fuente del amor verdadero y el principal receptor. Se ama a alguien, no a su cuerpo, o su inteligencia, o su dinero. En un primer momento la felicidad brota del interior, de saberse vivo, de dar, de darse y dar ser como hemos dicho varias veces. Y eso es compatible con contrariedades externas. Amar hace feliz, aunque no haya correspondencia, como puede ser el amor a un subnormal profundo, o a un moribundo, o a un niño. Pero más aún si es correspondido. Saberse amado, no como un objeto de uso, hace feliz, permite la compenetración, el regalo mutuo, la comunión de personas, la amistad en sus mil formas.

El goce supremo va más allá aún: se trata que el amor comience en quién tiene más capacidad de dar y de darse y cada uno corresponda en la medida de

sus posibilidades. Evidentemente estamos hablando de Dios, que en su Trinidad es Amante, Amado y Amador, y ama de una única y triple manera incondicionalmente, aunque el hombre se pueda cerrar a este amor. La vida feliz ya no es sólo una vida correcta y honesta, atemperada y sensata solamente, que lo es, ciertamente. Es mucho más, es beber en la fuente de la alegría sin restos de amor propio que pueden envenenar cualquier amor humano. La felicidad requiere humildad, como requiere amor. Requiere la presencia de la felicidad divina en el alma libre que la acoge y la irradia en todas las potencias humanas desde las más espirituales hasta las más sensibles; y en ese gozo laborioso y gracioso también irradia a los demás, que si no envidian –al modo de Judas a Jesús- se sentirán movidos a corresponder en una espiral de donaciones y de alegría honda.

El amor de Dios es muy distinto del humano en cuanto hace arder la esperanza, da gozo, pero se sabe que se gozará más y más, y para siempre hasta

el colmo de la propia posibilidad y de una manera interpersonal amplísima. El amor humano, el generoso, está amenazado continuamente (vejez, achaques, falta de medios económicos, traiciones, locuras, y, sobre todo, la muerte que es el gran dolor de los enamorados). La esperanza de felicidad lleva a la *escatología*, sin la cual no se puede entender al ser humano. Dios promete al hombre que libremente quiera acoger el amor y la felicidad del cielo, la resurrección de la carne, la supresión de la muerte y con ella del mal en los nuevos cielos y la nueva tierra en su Segunda venida gloriosa. Así, aún en lo efímero y en la constatación de la persistente maldad en el mundo, pervive una esperanza que hace feliz en una realidad que tiene su garantía en Dios, no en ilusiones como una y otra vez prometen las ideologías.

La felicidad es un regalo que viene muchas veces cuando no es buscado, y que se debe tomar como se coge un pajarillo entre las manos, ni demasiado fuerte, pues muere, ni demasiado flojo, pues huye. Es un don de Dios al alma

preparada. El obseso de la felicidad es como el que busca separarse de su sombra, nunca lo consigue. La felicidad es un fruto y una promesa. La felicidad tiene niveles que van desde lo más íntimo hasta lo más corporal. La felicidad en la vida mortal siempre pide más, porque es insaciable y sólo puede alcanzar su plenitud en la posesión de la comunión con Dios en la vida eterna.

Notas y bibliografía:

Diccionario teológico. S. Privitera. “¿para qué vivir moralmente? En la historia se ha intentado muchas veces responder

satisfactoriamente a esta pregunta, pero las respuestas que se han dado no siempre han logrado evitar alguno de los muchos riesgos que supone la misma pregunta. Algunas de estas respuestas parten de la aceptación de un dato empíricamente

verificable, como por ejemplo las que ven en el placer (hedonismo) la finalidad de la vida moral, con lo que no se evita el riesgo de un error naturalista. Otras identifican la finalidad de la vida moral con la felicidad del sujeto (eudemonismo). Otros ven dicho objetivo en el bienestar social, excluyendo así de la vida moral el valor moral o identificándolo con los no morales, como ocurre con ciertas teorías utilitaristas. Otras parten de una perspectiva que cae sobre el hombre desde fuera o desde arriba y conciben la moralidad dentro de un horizonte heterónomo, Otras finalmente identifican el motivo por el que se vive y hay que vivir moralmente en la teleología inherente al hombre mismo o en el bien en cuanto tal y en sus diversas manifestaciones, También pueden considerarse como concepciones eudemonistas de la ética todas aquellas que Consideran que el fin de la vida moral es la felicidad, no

ya del propio sujeto moral, sino de los otros. Proponerse la felicidad de los otros significaría identificar el fin de la vida moral de un modo altruista y, por tanto, de una forma inaceptable desde el punto de vista moral. ¿Porque tiene el sujeto moral que hacer felices a los demás? ¿Por qué tiene que asumir esa perspectiva durante toda su existencia en la tierra? ¿Por qué ya el conseguir él su propia felicidad comprometiéndose por la felicidad de los otros? ¿No se alcanza a veces la felicidad de los otros mediante la renuncia a la consecución de la propia felicidad? Y cuando la felicidad de los otros sólo puede conseguirse mediante la renuncia a la propia felicidad, ¿cuál de las dos habrá que preferir?

San Agustín, *Confesiones* 1,1
Santo Tomás de Aquino. *Suma Teológica*
Qohelet

Siracida